tos; que considera al hombre tal como es, y no como quisiera aparecer; que condena la depravada intencion casi tanto como la accion; el peligro voluntario casi tanto como la falta: la apariencia del mal casi tanto como el mal mismo; es en fin la moral cristiana de la que dice San Pablo (1) que *mas penetrante que cualquiera espada de dos filos, entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos, y discierne y califica los pensamientos y las intenciones mas ocultas del corazon.*

Esta moral cristiana, carísimos hijos nuestros, deja á los políticos, el cuidado de areglar las formas exteriores de la sociedad; á los profesores de las ciencias, el de cultivar el espíritu y de formar al hombre para el mundo; á los escritores y literatos el de pulir el gusto de los oradores, de los historiadores y de los poetas; pero se reserva para si una obra sin comparacion mas grande y mas bella, que jamas pudo ni aun entrar en el pensamiento de algun sabio ó de alguna escuela, á saber:

(1) Ad Hebraéos c. 4.

la de conquistar las voluntades; la de santicar los motivos; la de extirpar hasta sus raices las inclinaciones perversas: la de quitar al hombre su corazon de piedra, para dotarlo de un corazon de carne, renovándolo hasta el fondo de sus entrañas, ó mas bien dicho, despojándolo del hombre viejo y revistiéndolo del nuevo, para no dejar en él, nada que no sea digno del Dios de las virtudes, que lo ha formado á su semejanza y á su imágen. ¿Qué viene á ser, al lado de esta moral divina, esa otra moral de los sabios del mundo, que no sabe formar mas que hombres de parada y de teatro; que no inculca deberes, sino conveniencias; que no eseña virtudes, sino consideraciones y procederes; que se cree sábia porque es astuta y advertida; que se abstiene de lo malo; no porque es malo, sino porque es nocivo; que se ocupa mas de la reputacion del hombre, que de su conciencia; que cuida mas de su conducta visible, que de sus inclinaciones; que se aflige por sus indiscreciones, mas que por sus desórdenes; que lo arregla y compone sin cambiarlo; que lo reprime y contiene sin enmendarlo; que lo hace re-

servado pero no justo; honrado á lo mundano pero no virtuoso?

Pues hé aquí, sin embargo, padres y madres, lo mejor y mas excelente que podeis prometeros de la educacion sin religion y sin fé, que vuestros hijos reciban en esos planteles públicos, en que se desdeñan y desprecian las prácticas cristianas, y en que no hay para las creencias católicas de vuestros hijos mas que la mofa ó la ironía, á veces declaradas y á veces encubiertas con cierta afectada reserva, que deja bien traslucir el pensamiento íntimo anticristiano é impío de los directores y profesores. ¿Decidís cambiar para vuestros hijos, enviándolos á tales planteles, la única moral verdadera, que vosotros comenzasteis á inculcarles en el hogar doméstico, por esa moral mundana que en dichos establecimientos van á aprender, como nos lo acredita todos los dias, la mas dolorosa experiencia? ¿Lo decidís así, volvemos á preguntaros? Pues bien: tened entendido, que si así obrais, el cambio no habrá sido únicamente para vuestros hijos, sino que vosotros mismos habreis renegado de la moral católica, la

habreis despreciado, la habreis conculcado; y que en vano tal vez os llamais todavía cristianos, despues de haberos prestado á semejante especie de apostasía.

Y hemos dicho, *lo mejor y mas excelente que podeis prometeros;* porque pluguiera al cielo que aquí parara el daño de la educacion actual en los establecimientos públicos, y que la instruccion misma en las ciencias que en muchos de ellos se enseñan, no estuviera formal é intencionalmente enderezada á extinguir del todo la fé en el espíritu y en el corazon de la juventud. Pero por desgracia tal es la funesta tarea impuesta á no pocos de aquellos establecimientos y colegios, puesto que en filosofía, por ejemplo, se escogen de intento autores y textos *racionalistas ó panteistas*: en Geología y Astronomía, se hacen á un lado los muchos y sabios tratados de estas materias, en que se respeta el dogma cristiano y la Sagrada Biblia, y se ponen en manos de los jóvenes los autores mas irreligiosos é impíos, que queriendo servirse de los progresos de estas ciencias como de un poderoso ariete, para derribar hasta sus cimientos todo el edi-

ficio de las creencias religiosas fundadas en la Divina Revelacion, rebozan en desprecio y desden hácia los *Libros Sagrados*, y á cuanto en ellos se nos dice acerca de la vida futura; y así tambien en la enseñanza de otras varias materias.

El resultado de esto es, que inbuida la juventud en tales ideas, las primeras tal vez que se presentan á su espíritu sobre estas ciencias, ni le ocurre jamas rehacer sus estudios, tomando en sus manos otras obras y otros libros sobre las mismas materias, escritos por sabios aun mas esclarecidos y que respetan la Divina Revelacion; ni mucho ménos se ve tentada á leer alguno ó algunos de los eminentes apologistas de la Religion, que reducen á su valor todo ese aparato científico con que la impiedad combate al cristianismo: siendo por último, la final consecuencia de todo esto, que esa juventud cuyas primeras nociones científicas fueron anticristianas, crece y llega á la edad viril tan anticristiana y descreida como se le formó en los colegios: entra al barullo de los negocios del mundo en el ejercicio de sus respectivas profesiones, en las transacciones mercantiles, en los enredos y peripecias de la política, faltándole aún el tiempo preciso para corregir sus ideas con otras lecturas y otros estudios; y por fin llega á la senectud y á los bordes mismos del sepulcro, tan impía y tan hostil á la Religion, como la hicieron sus profesores del colegio y los libros en que entónces estudió.

Esto es, carísimos hijos en Jesucristo, lo que está ya pasando: como nos lo acreditan la frecuencia siempre en creciente de los casos de suicidio y de los de imponitencia final en jóvenes y hombres educados de aquella manera, no ménos que la estadística del crímen en las clases algo acomodadas, cuyos hijos son instruidos en aquellos planteles, la cual aumenta cada dia en espantosa proporcion, llenando de dolor y de angustia los corazones religiosos y rectos, que por favor del cielo todavía no faltan del todo en nuestra desgraciada sociedad. ¿Ni qué otro fruto podrá producir una educacion, en que la juventud aprende á no considerar en el *deber* mas que una palabra vana, en la *conciencia* una preocupacion, en la *virtud* una quimera? ¿á tener como problemática la *existencia*

misma de Dios, ó á formarse un Dios á su manera, es decir el del racionalista ó del panteista?

Hé aquí, pues, amados nuestros, el abismo á que conducís, ¿y qué decimos conducís? á que empujais y arrojais vosotros mismos á vuestros hijos, confiando su educacion científica y profesional á tales colegios y á tales maestros.

Porque, ¿qué garantía queda á una familia sinceramente cristiana, cuyo padre procura tal educacion á alguno ó algunos de sus hijos, de que este ó estos se preservarán del contagio, y continuarán siendo cristianos en semejantes escuelas ó colegios?

¿Será, por ventura, un preservativo la primera educacion del jóven en el hogar doméstico? No, ciertamente: porque ni en esta educacion primera puede entrar nunca un estudio formal y algo profundo de la Religion, ante el que nada valga el aparato científico con que en el colegio van á ser desde luego atacadas sus creencias, ni aun cuando el ánimo del jóven estuviera preparado con tal estudio, seria este suficiente para resistir á los combates

que va á sufrir su fé, en una edad en que todo conspira en favor del enemigo, así la fuerza y vehemencia de las pasiones, como la ligereza de la adolescencia. Y si en todos, aun en hombres maduros es cierto, como á dicho un escritor, que cuando el corazon necesita de una teoría, el entendimiento la fabrica y se la presta: ¿qué será en una edad, en que las pasiones hierven y fermentan, estimulando sin cesar al espíritu, y dispuestas siempre á romper el freno en la primera ocasion que se presente?

Pero no contais, se nos dirá acaso, con los consejos y las lágrimas de una madre piadosa, ni con los ruegos y el ejemplo de unas hermanas modelos de virtud, quienes ciertamente impedirán que los jóvenes naufraguen en su fé, reteniéndolos suavemente con los lazos del amor y del cariño. ¡Vana ilusion, carísimos hijos en Jesucristo! porque ni esos consejos tienen peso alguno para el jóven engreido con su propio saber; ni esos ruegos, ni esas lágrimas, ni esos ejemplos, son de alguna eficacia para desvanecer en él ánimo de aquel, las preocupaciones y prevenciones

de mala ley que con el estudio y la lectura de pesímos libros, ha concebido y albergado y alhagado contra la Religion verdadera que aprendió en su primera edad, sobre las rodillas de su piadosa madre. Si este jóven es de buena índole se enternecerá si se quiere, con los ruegos y las instancias de su madre y de sus hermanas: se prestará tal vez por no disgustarlas, á uno que otro acto exterior de Religion, y aun de piedad; pero sea de mala ó de buena índole; se quedará siempre tan descreido y anticristiano, como se ha formado en el colegio.

¡Qué bien hariais, carísimas hijas en el Señor, si en lugar de reservar esas lágrimas, esos consejos y esos ruegos, para cuando vuestros hijos y vuestros hermanos están ya pervertidos, los emplearais un poco ántes, poniéndolos en juego con constancia, ternura y energía, cuando vuestros esposos y vuestros padres tratan de enviar á los jóvenes á las escuelas y colegios anticristianos, á fin de impedirlo á á todo trance! Tal es vuestro estricto deber: y ciertamente tendreis que dar á Dios estrecha cuenta de la perdicion de

esos jóvenes, si no hiciereis uso en buen tiempo para impedirla, del indisputable ascendiente que os da en la familia vuestro sexo y aun vuestra suave autoridad, si sois madres. Sí: tendreis algun dia que dar á Dios terrible cuenta de tan criminal omision, sin que os valga como excusa la debilidad de vuestro sexo; porque aunque es cierto, que en presencia de un marido de carácter feroz y desalmado, muy poco ó nada valen los ruegos y las lágrimas; no ménos cierto es, que semejantes caracteres no son comunes y ordinarios, y que por lo regular una mujer dulce, afable, sufrida, aplicada al gobierno doméstico, que sabe compartir con su marido los trabajos y las penas, que no es vana ni disipada, que á nadie ama despues de Dios como á su esposo, y que reconcentra por decirlo así toda su vida en servirlo con esmero y aliviarlo, así como en la cristiana crianza de sus hijos, no es ménos cierto repetimos, que semejante mujer hace cuanto quiere de la voluntad de su marido, y que no hay en el órden doméstico fuerza alguna capaz de resistir á tan suave como eficaz influjo.

Pero no basta en verdad, para la buena

y cristiana educacion de la juventud, preservar á los jóvenes de esa instruccion impía y anticristiana de ciertos colegios y establecimientos, sino que se requiere ademas el mayor cuidado, á fin de que los hijos no reciban dentro de sus propias casas ejemplos que los desmoralizen y hagan del todo inútil la enseñanza religiosa que se les procura. No es nuestro ánimo insistir particularmente sobre ciertos pésimos ejemplos en cuanto á las costumbres, que los hijos suelen recibir en el mismo hogar doméstico, porque aunque este mal es ahora sin comparacion mucho mas general, que en tiempo de nuestros padres; sin embargo no depende primera y principalmente de él, ese desenfreno que se nota de algun tiempo á esta parte en la juventud, esa procacidad en la insolencia, en el desórden y aun en el crímen, que causa el pavor y el espanto de todo hombre pensador, respecto del porvenir.

Antes, carísimos hijos en Jesucristo, no faltaban miserias y escándalos, capaces de pervertir á los jóvenes en su moral; pero quedaba por decirlo así intacta su fé, y esta preciosa semilla conservada

en sus corazones sin lesion, venia por lo regular casi siempre á producir preciosos frutos con la conversion y vuelta al órden, pasados los años mas críticos de la juventud, y los casos contrarios eran una excepcion. Hoy no sucede así, sino que los jóvenes que en su adolescencia dieron en ser malos, continúan siendo el oprobio de sus familias, y una verdadera plaga para la sociedad, constituyendo realmente la excepcion los pocos que vuelven sobre sus pasos saludablemente, despues de esa época borrascosa de la vida. ¿Por qué esta diferencia entre unos y otros tiempos? Porque hoy, amados nuestros, no solo entre las familias desordenadas, sino aun en aquellas en que se observa tal cual arreglo, se cuida muy poco de que los jóvenes no lean libros perniciosos ó periódicos impíos, de que no contraigan amistades con otros jóvenes descreidos, de que no escuchen conversaciones contra la Religion. Porque hoy, salvas honrosas excepciones, las prácticas de los deberes religiosos se dejan y abandonan á las esposas y á sus hijas, miéntras que los jefes de las familias, particularmente en ciertas clases so-

ciales, ni oran ni oyen misa sino rara vez, ni se confiesan en muchos años, ni dan en fin positivas muestras de su religion: y los jóvenes al notar esa indiferencia religiosa de parte de personas tan autorizadas para ellos, como sus padres, concluyen como naturalmente en su interior, que no será la Religion ni una cosa, ni un negocio de tan vital y preferente interes, como se lo han dicho sus madres, como se los dice el catecismo, y como lo oyen decir á los Sacerdotes en la predicacion.

De aquel descuido en cuanto á sus lecturas y amistades; y de este ejemplo de indiferencia religiosa de sus padres, viene á no dudarlo, que apénas cumplidos doce años, hagan los jóvenes cuanto pueden, por emanciparse hasta cierto punto de la inmediata vigilancia de la madre respecto de las prácticas de Religion, á fin de seguir en esto el pésimo ejemplo de sus padres: y como de la indiferencia al menosprecio no hay mas que un paso; y como del menosprecio de la Religion á la impiedad y positivo descreimiento, no hay mas que otro, y bien corto; y como á darlo

son empujados los jóvenes contínuamente por sus perversas amistades de colegio y por sus perniciosas lecturas, consentidas por sus padres: hé aquí que, á la vuelta de muy poco tiempo se tiene ya en el seno de muchas familias católicas un pequeño *espíritu fuerte*, un imberbe y ridículo imitador de lo que ve y oye en el círculo de sus amigos ó seductores sin religion, ó que afectan no tenerla, un mordaz y contínuo censor de las prácticas religiosas mas respetables y autorizadas: que cree saberlo todo precisamente porque todo lo ignora, si exceptuamos lo relativo á su profesion, si es que tiene alguna; y que habla y discute y provoca polémicas, venga ó no venga á cuento: y como la impiedad y el libertinaje casi siempre se dan la mano, este jóven se arruina y arruina á sus padres en el juego; y se embriaga con desenfreno y desvergüenza; y es la pesadilla y el tormento de los padres que tienen hijas hermosas y honestas; y así va pasando la vida por cuatro ó cinco años despues de su colegio, en espera de algunas elecciones ó revolucion, que lo lleven á otro teatro, en el que decididamente habrá de

sentar plaza de hombre grande y de cierta importancia.

Tal es la historia, ménos repugnante en las apariencias, de innumerables jóvenes, hijos de padres descuidados en cuanto al deber de conservar á sus hijos en la religion en que nacieron; de padres que contentos con darles una carrera aunque sea á expensas de su fé, los entregan á establecimientos ó profesores inpíos; de padres que miran con la mayor indiferencia la perdicion de sus hijos por las malas compañías y pésimas lecturas. Que en cuanto á otros jóvenes, ménos afortunados segun el mundo, educados del mismo modo que aquellos, é igualmente perdidos en cuanto á Religion y costumbres, pero sin posibilidad de encubrir su libertinaje con el barniz que los primeros, por medio de alguna profesion lucrativa ó con el nombre de su familia, á estos decimos, es preciso buscarlos al principio, en los cafés de peor nota, ó aún en las cantinas y garitos, para encontrarlos despues en las cárceles ó en los presidios.

¡Padres y madres de familias católicas! Mirad, atended, entended. Vuestra aten-

cion á lo que actualmente está pasando en el seno de innumerables familias, os dice á gritos que no exageramos; que ántes por respeto á nuestro sublime carácter nos quedamos bien cortos, y no descendemos á pormenorizar los escándalos y los horrores, que todos los dias llegan á nuestros oidos. Pues bien: como la misma razon os dicta que no hay efecto sin causa, preciso es que reconzcais que alguna ha de haber para que con tanta generalidad se pierdan á bandadas los jóvenes en el sentido del libertinaje y de la irreligion, y como la mas ligera revista de la conducta imprevisora y descuidada de muchos de vosotros para con vuestros hijos, presenta motivos mas que sobrados para afirmar que tal causa está precisamente en esa falta de prevision y esos descuidos, temblad, sí temblad; porque descuidais uno de los mas serios deberes que os impone la Religion que profesais: porque por razones y motivos mundanos, exclusivamente mundanos, anteponeis á Jesucisto ese mismo mundo su capital enemigo: porque colocados en la alternativa de procurar á vuestros hijos una educacion cristiana, que los

excluirá tal vez en la época de los honores y de los puestos públicos, ó de confiarlos á la impiedad reinante para que los eduque á su manera y les abra el camino de la fortuna; optais por este segundo término de semejante alternativa, desentendiéndoos para ello de las mas solemnes y formales promesas de vuestro bautismo, con que renunciasteis á ese mundo que ahora os trastorna y enloquece; de la voz de vuestra conciencia, que os advierte contínuamente sin piedad, por mas que lo disimuleis, que con tal conducta, fatal para vuestros hijos, correis apresuradamente á vuestra propia perdicion y condenacion; puesto que segun la palabra de Dios (2) *el que no tiene cuidado de los suyos, mayormente si son de la familia, este tal ha negado la fé, y es peor que un infiel.*

Como en esta vez nos dirigimos únicamente á los padres y madres, que aun permanecen firmes en su profesion de la fé católica parécenos bastante lo que llevamos dicho, como por vía de recuerdo de sus mas extrictos deberes, á fin de estimularlos á apartar á sus hijos de los establecimientos anticristianos, así como de los profesores descreidos y lecturas impías.

(2) 1ª ad Timoth. c. 5. v. 8.

Mas como Su Santidad nos habla en la Encíclica que hemos citado, sobre la necesidad de que la buena educacion de los hijos *comience desde de la edad tierna, en la misma sociedad doméstica,* no terminaremos esta carta, sin llamar la atencion de los padres y madres católicos, hácia el desórden y el descuido, que reina sobre este punto tan interesante, aun en el seno de muchas familias que no han renunciado á su fé.

Pero ántes de hablar de lo que actualmente pasa con tanta generalidad, expondremos brevemente los principios y reglas de la doctrina enseñada por la Iglesia en órden á la educacion doméstica de los hijos en esta edad primera.

Las pasiones, segun la doctrina católica, se encuentran en el alma de los niños á la manera que la semilla de los cardos,

de los abrojos y de las espinas se encuentran en una tierra que se trata de labrar; es decir, que se manifiestan y brotan por si mismas, sin necesidad de ageno impulso, del mismo modo que aquellas nacen y crecen hasta ser yerbas nocivas y dañinas, sin trabajo alguno del labrador. Así como para arrancar y exterminar semejantes yerbas, es necesaria la contínua y constante fatiga del labrador; así tambien para sufocar y extirpar los primeros arranques de las pasiones nacientes, se requiere una contínua y perseverante vigilancia de parte de los padres; porque de lo contrario, del mismo modo que la tierra bajo la accion del labrador perezoso y descuidado nunca producirá útiles y lozanas plantas de la buena semilla que en ella se siembra, así tambien el alma de los niños, en quienes no se ha procurado extirpar por medio de la correccion la mala simiente de las pasiones, nunca podrá ser apta para el cultivo de las virtudes que en ella se trate de implantar con la educacion.

Triste verdad es esta, carísimos hijos en Jesucristo, pero verdad en que no puede caber la menor duda, probada como

está por la experiencia cuotidiana de todos los siglos, y reconocida no solo por la Iglesia, lo que bastaria para vosotros que sois católicos, sino aun por todos los sabios así del presente siglo, como de los que nos han procedido, aun de la antigüedad pagana, sin otra excepcion que la de la escuela impía y ateista, empeñada en negar la caida ó el pecado original.

Segun esto, la Iglesia enseña: que es un deber en los padres, y de los más sagrados deberes, trabajar sin descanso, en reprimir los pasiones de los niños á medida que se manifiestan: que seria causar á los mismos niños un perjuicio enorme, sufrirles todo, bajo el pretexto de que son aún demasiado tiernos para conducirse por la razon; y que en consecuencia, los padres deben sobreponerse á todo lo que sus hijos dicen y hacen fuera de propósito, en consideracion á que su alma es como una tierra, en que es menester trabajar con paciencia infatigable, para arrancar las malas yerbas, y prepararla á fin de que puedan fructificar en ellas la semillas de las verdades y de las virtudes cristianas.